

conocimientos *a priori* no se relacionan más que con el fenómeno, pero agregó que precisamente á título de tal fenómeno, ese mundo es la manifestación de aquello que en él se revela y que llamo, como Kant, la cosa en sí. Esta cosa en sí debe expresar, por medio del mundo real, su naturaleza y su carácter, y debe de haber medio de comprenderla por la experiencia, y esto no en virtud de la simple forma, sino de la sustancia misma de la experiencia.

Por tanto, la filosofía no es otra cosa que la concepción exacta y universal de la experiencia, la interpretación fiel de su significación y contenido. Este contenido es el elemento metafísico, es decir, aquello que se reviste de la apariencia y se oculta bajo las formas del fenómeno; este elemento se relaciona con el fenómeno como el pensamiento con las palabras.

La interpretación de lo que se manifiesta en los fenómenos del mundo debe de hallar su comprobación en sí mismo, por la armonía que introduce en estos fenómenos tan diversos y que no aparecería sin esa clave. Cuando hallamos una página escrita, cuyo alfabeto nos es desconocido, tratamos de interpretarla hasta que hallamos un valor de las letras, por medio del cual podemos construir las palabras haciéndolas comprensibles y los períodos, de suerte que se encadenen unos con otros. Entonces no nos queda duda sobre la exactitud de la interpretación, pues no es posible que la concordancia y encadenamiento que la clave ha introducido en aquellos jeroglíficos hayan sido efecto de un mero azar y que se pueda igualmente componer palabras y períodos encadenados, atribuyendo á los signos cualquier otro valor.

De un modo análogo la interpretación del mundo debe comprobarse por sí misma; debe difundir una

luz igual sobre todos los fenómenos y poner la suficiente armonía entre los más heterogéneos, para que toda contradicción desaparezca hasta entre los más opuestos. Esta comprobación interior es el sello de su verdad, pues toda falsa interpretación podrá convenir, por ventura, á algunos fenómenos, pero hará resaltar más todavía su contradicción con las restantes. Así, por ejemplo, el optimismo de Leibnitz está en contradicción con las miserias evidentes de la existencia; la doctrina de Spinoza de que el mundo es la única sustancia posible y absolutamente necesaria, es inconciliable con el asombro que nos causan su existencia y su condición; la doctrina de Wolff, según la cual el hombre recibe su existencia y su esencia de una voluntad ajena, contradice nuestra responsabilidad moral por los actos que ejecutamos, los cuales resultan con rigurosa necesidad del conflicto entre aquellos dos elementos y los motivos; la doctrina, emitida muchas veces, de la marcha de la humanidad hacia una perfección creciente, ó, en general, la teoría de un *devenir* cualquiera en virtud de una acción intrínseca del universo, está *a priori* en contradicción con la noción de que hasta cada momento dado ha transcurrido un lapso de tiempo infinito, y, por consiguiente, todo lo que había de acaecer con el tiempo debería ya existir. Se podría continuar indefinidamente registrando las contradicciones entre los sistemas dogmáticos y la realidad de las cosas. Pero niego que en esta enumeración se pueda inscribir lealmente principio alguno de mi filosofía, por la razón de que todas mis enseñanzas han sido meditadas en presencia de la realidad intuitiva, y que ninguna de sus doctrinas se funda exclusivamente en nociones abstractas. Y como al mismo tiempo

hay en mi teoría un pensamiento fundamental que, aplicado á todos los fenómenos de este mundo, nos da su clave, resulta probado por ahí que ese pensamiento es el alfabeto verdadero, cuyo empleo da sentido y encadenamiento á todas las palabras y todas las oraciones. La verdadera clave del enigma se comprueba, por cuanto resulta aplicable á todas sus enunciaciones. Asimismo mi doctrina establece armonía y encadenamiento en el tumulto de los opuestos fenómenos del mundo y suprime las innumerables contradicciones que se presentan cuando le consideramos desde cualquier otro punto de vista; en este sentido se asemeja á una operación de aritmética que se resuelve sin dejar resto alguno; pero esto no quiere decir que no haya problema que mi doctrina no resuelva, ni pregunta á la cual no responda. Sostener semejante pretensión, sería negar osadamente los límites del conocimiento humano en general.

Sea cualquiera la antorcha que encendamos, por extenso que sea el espacio que alumbré nuestro horizonte, estará siempre circunscripto por profundas tinieblas, pues la solución última del enigma del mundo debería necesariamente no hablar ya del fenómeno, sino sólo de la cosa en sí. Pero nuestras formas de conocimiento no se adaptan sino al fenómeno, y he aquí por qué nos vemos reducidos á no poder percibir las cosas más que en el tiempo, el espacio y la causalidad. Estas formas no tienen sentido y valor más que respecto del fenómeno, no pueden sernos de utilidad alguna para concebir las cosas en sí y sus relaciones posibles. La consecuencia que resulta es que la solución real y definitiva del enigma del mundo debe de ser de tal naturaleza, que la inteligencia humana es absolutamente impotente para percibirla y compren-

derla, de tal suerte que si un ser de especie superior viniese á nosotros y se esforzara en comunicárnosla, no comprenderíamos absolutamente nada de sus explicaciones. Así, cuando algunos pretenden concebir los principios últimos, es decir, los primeros, de las cosas; un ser absoluto, lo primitivo ó como quiera llamarse, al par que los procedimientos, razones, motivos, etc., por los cuales el mundo ha surgido ó ha sido creado, debemos pensar que los que tal dicen son bromistas habladores, si es que no charlatanes.

A mi entender, uno de los méritos de mi filosofía es que todas las verdades que encierra han sido halladas las unas independientemente de las otras, por el estudio del mundo real, y que su unidad y encadenamiento, del que no me había cuidado, se han presentado luego por sí mismos. Por eso es rica y sus raíces se extienden ampliamente por el suelo de la realidad intuitiva, donde se alimentan de las verdades abstractas cuya única fuente es esa realidad. Por eso también mi doctrina no es aburrida, propiedad que había derecho á considerar como inherente á la filosofía, atendiendo á las producciones de los últimos cincuenta años. Cuando, á la inversa del método que he seguido, todas las enseñanzas de una filosofía se deducen simplemente las unas de las otras, y sobre todo cuando son deducidas de una proposición primera, esta filosofía tiene que ser pobre, flaca, y por decirlo así, aburrida, pues de ninguna proposición puede, en verdad, seguirse más que lo que ella misma enuncia, y además cuando todo depende de la verdad de una proposición *única*, una sola falta en la deducción echa por tierra la verdad del conjunto.

Hay sistemas filosóficos que ofrecen aún menos garantías; son aquellos que deben su nacimiento á una

intuición intelectual, es decir, á una especie de éxtasis ó clarividencia; todo conocimiento de este género debe ser rechazado como subjetivo, individual, y, por consiguiente, problemático. Aunque existiera realmente, no podría ser comunicado á los demás, pues sólo es trasmisible á otro el conocimiento procedente de un cerebro normal; cuando es un conocimiento abstracto se comunica por nociones y palabras; cuando es un conocimiento intuitivo por las creaciones del arte.

Se acusa muchas veces á la Metafísica de haber hecho tan pocos progresos en el trascurso de tantos siglos; pero se debería tener en cuenta que ninguna otra ciencia ha crecido como ésta bajo una opresión tan constante. La Metafísica ha sido en todos tiempos y países coartada y estorbada por la religión dominante, que hallándose en la posesión del monopolio de los conocimientos metafísicos, la consideraba como una mala hierba que crecía á su lado, como un operario incompetente, como una horda de bohemios, y de ordinario sólo la toleraba á condición de que sirviera y siguiese sus doctrinas.

¿Cuándo y dónde ha existido efectivamente la libertad de pensamiento? Se ha pregonado mucho, mas apenas se aspiraba á ejercitar esa libertad respecto de algo más importante que algunos puntos secundarios de la religión del Estado, los apóstoles de la tolerancia se sentían poseídos de un santo terror delante de tanta audacia y gritaban á una: ¡Ni un paso más!

¿Qué progresos podía hacer la Metafísica bajo opresión semejante? Esta coacción la ha ejercitado la metafísica privilegiada, no sólo sobre la comunicación del pensamiento, sino sobre el mismo pensamiento,

pues imprime sus dogmas desde la más tierna infancia, en la edad en que el espíritu es más dócil y confiado y en que carece más de pensamientos propios. Estos dogmas enunciados con gravedad solemne y estudiada, se graban de tal modo en el cerebro, que se desarrollan con él y toman casi el carácter de ideas innatas; así, muchos filósofos los han considerado como tales, unos sinceramente, otros con hipocresía. Nada más difícil para un hombre que comprender siquiera el simple problema de la Metafísica cuando se le ha impuesto desde la infancia una solución anticipada, pues el punto de partida de toda meditación filosófica sincera, es el convencimiento profundo de la máxima socrática: sólo sé que no sé nada. Los antiguos nos llevaban ventaja en este respecto; sus religiones restringían un poco la manifestación del pensamiento, pero la libertad de pensar era completa, pues no eran enseñadas á los niños aquellas religiones de una manera solemne y formal, ni se las tomaba tan en serio. Por eso los antiguos son todavía nuestros maestros en Metafísica.

Para contestar al cargo que se hace á la Metafísica de haber realizado tan pocos progresos y no haber alcanzado todavía su fin á pesar de esfuerzos tan perseverantes, se puede añadir á lo dicho que por lo menos ha prestado el servicio inestimable de haber puesto límites á las pretensiones excesivas de la metafísica privilegiada (la religión), y al mismo tiempo haber puesto trabas al naturalismo propiamente dicho y al materialismo, reacciones inevitables provocadas por aquellas pretensiones. Considérese hasta dónde llegarían las usurpaciones del clero de cada religión si la creencia en sus doctrinas fuera tan firme y ciega como lo desearía el sacerdocio. Recuérdense todas

las guerras, tumultos, perturbaciones y revoluciones que se han sucedido desde el siglo VIII al XVIII; pocas se hallaron cuyo objeto ó pretexto no haya sido alguna discusión religiosa, es decir, algún problema metafísico que ha dado ocasión para excitar á unos pueblos contra otros. En verdad todo ese milenario no ha sido más que un degüello continuo, ya en los campos de batalla, ya en los cadalsos, ya en las calles, á propósito de cuestiones metafísicas. Quisiera poseer un registro auténtico de todos los crímenes que el cristianismo ha impedido realmente y de todas las buenas obras que efectivamente ha producido, á fin de poder colocarlos en el platillo contrario de la balanza.

Por lo que toca á las obligaciones de la Metafísica, sólo tiene una, pero es de las que no toleran la competencia de otra alguna á su lado: la de ser verídica. Si se quisiera imponerle además otras obligaciones, v. gr., la de ser espiritualista, optimista, monoteísta, ó simplemente la de ser moral, no se puede saber de antemano si estas obligaciones no perjudicarían á la primera, sin la cual evidentemente todo lo que podría ofrecer la Metafísica carecería de valor. Un sistema cualquiera de filosofía no tiene otro criterio de su valor que el de la verdad. Por otra parte, la filosofía es esencialmente la ciencia del mundo: el mundo es su problema: de él sólo se ocupa y deja en paz á los dioses, pero les pide en cambio que la dejen á ella en paz igualmente.

COMPLEMENTOS DEL SEGUNDO LIBRO

CAPITULO XVIII (1)

DE LA POSIBILIDAD DE CONOCER LA COSA EN SÍ

Este segundo libro, que contiene la parte más importante de mi filosofía, á saber, el paso desde el fenómeno á la cosa en sí, paso declarado imposible por Kant, tiene un complemento esencial que publiqué en 1836 con el título de *La Voluntad en la Naturaleza* (segunda edición en 1854, tercera en 1867). Se engañaría quien juzgase que las citas ajenas, á las cuales refiero mis esclarecimientos, forman el verdadero objeto de aquel escrito poco voluminoso, pero de gran importancia por su contenido. Estas citas me sirvieron de punto de partida para exponer la verdad fundamental de mi doctrina con más precisión que en parte alguna y para desenvolverla en el campo de las ciencias naturales y experimentales. En el capítulo titulado *Astronomía física* es donde lo he conseguido de la manera más completa y más rigurosa, y no espero encontrar jamás, para lo que forma la sustancia esencial de mi doctrina, expresión más exacta ni más

(1) Este capítulo se refiere al § 18 del primer volumen.